

**Hansen, David T. (2014). *El profesor cosmopolita en un mundo global. Buscando el equilibrio entre la apertura a lo nuevo y la lealtad a lo conocido*. Madrid: Narcea de Ediciones. 164 págs. ISBN: 978-84-277-1938-5**

**Alberto José Pazo Labrador**  
*apazo@uvigo.es*  
Universidad de Vigo

Fecha de recepción 28/03/2014 · Fecha de aceptación 14/04/2014

Dirección de contacto:

José Manuel Touriñán López

Alberto José Pazo Labrador

Facultad de Ciencias da Educación e do Deporte

En unos momentos como los actuales, llenos de incertidumbres y turbulencias en todos los planos de la vida, en que nos sentimos huérfanos y faltos de guías ante unos procesos que no controlamos y que nos superan claramente, es gratificante, refrescante y estimulante, para los que nos dedicamos a esta profesión maravillosa, encontrarse ante un libro como “El profesor cosmopolita en un mundo global”, de David T. Hansen. Pedagogo de la Universidad de Columbia, se ha dedicado a investigar intensamente sobre las dimensiones morales y éticas de la Educación, así como sobre los valores que deben encarnar los docentes ante estas implicaciones, mucho de lo cual aparece recogido en esta obra.

La globalización, como fenómeno inaprensible pero presente, como término-concepto que impregna nuestras vidas, constituye también un reto para el profesorado de todos los niveles que debe responder de una manera creativa y eficaz a los desafíos que plantea, a las cambiantes condiciones de la vida en el aula como materialización de ese dinamismo imparabable en el que estamos sumergidos. Para ello, el autor diseña una orientación educativa y un planteamiento vital, un verdadero “modo de vivir”, articulado en torno al *cosmopolitismo*. El cosmopolitismo lo define como algo diferente al

“universalismo”, como la capacidad humana de abrirse reflexivamente al mundo mientras se sigue siendo leal, de forma reflexiva, a las preocupaciones, compromisos y valores locales. La búsqueda del equilibrio entre la apertura reflexiva a lo nuevo y la lealtad reflexiva a lo conocido –éste es también el subtítulo del libro– se convierte en un *mantra*, en una suerte de eje temático en torno al que se articula la fascinante propuesta vital del autor. Un cosmopolitismo que supone una manera de vivir, de pensar y de actuar, que permitirá afrontar los retos de la globalización por su flexibilidad –es un punto de vista, una actitud, no una ideología–, su longevidad –tiene un largo recorrido en la historia del pensamiento y de la Filosofía– y su optimismo –posibilita superar el concepto de educación como mercancía para convertirse en una experiencia para una vida con significado estético, ético, intelectual y social–. No es por tanto una reacción de lo local frente a lo global (¿lo “glocal”, término de moda en los últimos años?), no supone una lucha de fuerzas opuestas sino la búsqueda de una síntesis, de un equilibrio enriquecedor.

A describir esta perspectiva para la educación actual dedica el primer capítulo, titulado “El prisma cosmopolita”, ese prisma que ayuda, que debe ayudar, a gozar de una cercanía que preserva la singularidad y de una distancia que nos acerque. Partiendo de la constatación de que el cosmopolitismo siempre ha existido, en términos generales, en todo el mundo y en diversas épocas, el autor se remonta a la antigüedad clásica (occidental y oriental) para

atestiguarlo, haciendo un rápido recorrido histórico hasta la actualidad, en que aquél es un enfoque sensiblemente diferente al multiculturalismo –“el cosmopolitismo no es un sinónimo de multiculturalismo, no solo porque reconfigura el marco mismo de la cultura, sino porque no se enfoca en la identidad cultural como tal” (p. 107)– y donde los estudios que lo afrontan lo enmarcan en varias categorías: cosmopolitismo político, cosmopolitismo económico, cosmopolitismo social y cosmopolitismo cultural; siempre dentro de la idea de que, desde el punto de vista cosmopolita, aprender es absorber y metabolizar lo nuevo para convertirlo en conocido, de la misma manera que lo conocido adopta nuevas y fructíferas cualidades. Enuncia igualmente los que considera los valores cosmopolitas (la paciencia, la verdad, la justicia y la enseñanza) para concluir que es, el cosmopolitismo, un concepto que se puede delimitar, mas no definir. No obstante, el planteamiento educativo de tendencia cosmopolita sí que implica varias dimensiones: la estética, la moral, la reflexiva y la ética. Bien entendido que el cosmopolitismo debe insertarse en la *educación* y no en la mera *escolarización*, términos que el autor se encarga de dejar bien claros en su significado.

El segundo capítulo, “El linaje cosmopolita”, desarrolla una aproximación a la Filosofía como arte de vivir, una tradición de pensamiento y acción que ofrece, según el autor, unos valores cosmopolitas y educativos plenamente vigentes. Una tradición que reflexiona sobre la condición humana y el desarrollo personal, con sus implicaciones educativas al suponer una transformación intelectual, moral y estética. Figuras como Confucio, Sócrates, Platón, Diógenes, Epicteto, Marco Aurelio, Michel de Montaigne, John Dewey, Alain Locke, Erasmo de Róterdam, Gretchen Reydam- Schils, Marie Le Jars de Gournay, Rabindranath Tagore... desfilan por las páginas del capítulo aportando luz a la perspectiva cosmopolita. Resulta estimulante recordar a estas figuras (o conocerlas, según el caso, dado el lamentable panorama educativo actual en nuestro país, por lo cual el libro es doblemente valioso) y ver cómo pueden ayudar a configurar el arte de vivir como una perspectiva educativa. En última instancia, se trata de extraer de una mirada a la Historia, lo mejor para poder ser un profesor, un educador, *en y del mundo*, no

un “ciudadano del mundo” sino un “habitante del mundo”.

El capítulo tercero, “La condición humana y el desafío educativo que entraña”, profundiza en los aspectos de la condición humana que centraban las reflexiones de la Filosofía como arte de vivir. Los cambios acelerados e incontrolados, y la inestabilidad del mundo natural y social, hoy son más evidentes y se perciben con más profundidad, sin duda, pero ya fueron reconocidos desde antiguo por los pensadores del arte de vivir, que se refirieron a ellos y a cómo afrontarlos, y los profesores pueden, en la actualidad, tomar una buena lección. Cultivar el sentido de la estabilidad frente al cambio acelerado, no significa cerrar la mente ante los cambios, sino reconocer “la permanencia de la no permanencia”, y extraer lo más positivo de la apertura a lo nuevo; para ello se debe educar el sentido de la estabilidad. Reconocer la diversidad humana supone aprender de los demás a estar en el mundo, comportando una solidaridad educativa que no implica estar de acuerdo con lo nuevo *per se*, sino no rehuirlo, verlo como algo natural y comprenderlo. En última instancia, el profesor, la persona, debe estar en el mundo y el mundo en él, y para ello la tradición ofrece una lección de cosmopolitismo para el profesor y para la persona que vive en el mundo globalizado.

El capítulo cuarto “Encrucijadas culturales y creatividad” se centra en la creatividad cultural a través de las diferentes maneras que tienen las personas de llevar a la práctica esa apertura reflexiva a lo nuevo junto a una lealtad reflexiva a lo conocido. Ilustrado con referencias a precursores históricos de la mentalidad cosmopolita, y con los resultados de investigaciones recientes en torno a formas de vida de mentalidad cosmopolita, se intenta definir un marco para entender el cosmopolitismo en su experiencia contemporánea, que sirva para que los profesores trabajen por una pedagogía de corte cosmopolita. Son muy interesantes los diez estudios de campo que se describen, muy útiles para afianzar la idea de aprender con los otros a partir de la creatividad cultural cosmopolita: formas de vida de mentalidad cosmopolita entre inmigrantes, trabajadores, artistas, grupos religiosos, etc.

El capítulo cinco se titula “Enseñar *en y por* el mundo” y plantea, como consecuencia lógica

de lo tratado en anteriores apartados, el diseño de un enfoque sobre el currículo y la pedagogía desde una perspectiva cosmopolita. El currículo puede entenderse como una herencia cosmopolita, como un patrimonio compartido: los procesos de la educación formal pueden, por lo tanto, alentar una orientación cosmopolita en el alumno a la par que en el profesor. El currículo se debe convertir en un *canon* de conocimientos y de comportamiento, siempre teniendo en cuenta que la orientación cosmopolita no tiene una forma predeterminada ni se puede educar directamente para adoptar esta orientación, no se puede forzar ni producir de acuerdo al programa de acción de un currículo, pero sí se puede *cultivar*. En este sentido va el ejemplo de educación en una orientación cosmopolita a través del estudio de la música flamenca. Y es interesante el apartado “Ejercicios del Yo para ser un profesor en el mundo”, que aunque no es una recopilación de recetas –no lo es el libro en sí, ni mucho menos– sí que puede alentar y orientar en buena medida el modo de vivir cosmopolita y hacer cosmopolita el currículo de cada país. Esa es la prioridad del autor para los entornos de aprendizaje: entrar y estar en el mundo, condición para ser un ciudadano del mundo responsable y atento.

El epílogo del libro reflexiona sobre el compromiso democrático que debe acompañar a

la educación vista a través del prisma cosmopolita. Si las ideas y las estructuras democráticas han sido más un resultado que un requisito para las formas de vida cosmopolitas, que emergen de la interacción cotidiana de los seres humanos, sí es cierto que los valores, las instituciones y las normas de una sociedad democrática son las que pueden sostener y extender el impulso cosmopolita. “Las leyes democráticas, las directrices y otros acuerdos institucionales –incluyendo la educación– deben concebirse, al menos en parte, como un apoyo y una expresión del deseo humano de comunicación genuina, de interacción inocente y fresca y de confeccionar una vida dotada de sentido y de propósito” (p. 148).

Como dicen los autores del prólogo, este libro no es de lectura fácil por su densidad y la profundidad de su análisis. Ello no quiere decir que no sea provechoso, apasionante y adictivo. Por eso mismo requiere una lectura pausada, reflexiva, tomando notas y apuntando las ideas que van surgiendo a lo largo de cada página. Es un libro para aprender y para comprender, para afianzar un estilo de vida profesional y personal, que nos conduzca a una manera de vivir más plena y humana. Y aunque el autor no lo pretenda explícitamente, sí que puede convertirse en un auténtico *manual* para el profesor.